

BIBLIOTECA  
DE "EL DIARIO DE MURCIA,"  
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

---

## EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

*Leyenda por D. Andrés Blanco García.*

---

## HAGAMOS HISTORIA

*Artículo crítico por D. Antonio Molina Gonzalez*

---

## POR LA FUENTE DE GALTERO

*Cuento de la Huerta por D. José Martinez Tornel*

---

## CANTARES MURCIANOS

*(Remítidos.)*

---

MURCIA—1892  
IMP. DE "EL DIARIO",  
SOCIEDAD, 10.



R388057



FA  
19984

lit. 53956

C.B.1487668



*Impresiones*

*República de Valencia No 63*

BIBLIOTECA

DE "EL DIARIO DE MURCIA,"  
EN OBSEQUIO A SUS SUSCRIPTORES

---

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

---

LEYENDA

PREMIADA EN PÚBLICO CERTÁMEN

celebrado en Madrid en 4 de Diciembre  
de 1892, por la Asociación de San Luis Gon-  
zaga, con motivo de la conmemoración del  
cuarto centenario del descubrimiento  
de América,

Premio: Un magnífico reloj de oro con cadena del  
mismo metal, regalo de la señora  
Doña Pilar Lugoviña, viuda de Serra.

---

AUTOR

D. ANDRÉS BLANCO Y GARCÍA

---

MURCIA—1892  
IMP. DE "EL DIARIO,"  
SOCIEDAD, 10.







---

# EL TRIUNFO DEL AVE MARIA

—o—o—o—

## LEYENDA

—

A mi distinguido amigo el Señor Don Enrique  
Fulgencio Fuster, conde de Roche.

—

### I

Nada resiste al empuje  
del tiempo, que en polvo torna  
con su destructor aliento  
de la soberbia las obras.

Muros altivos que un día  
con grandeza portentosa  
detuvieron la arrogancia  
de cien legiones indómitas:

maravillosos palacios,  
cuyo recuerdo aun asombra,  
donde el corazón libaba  
de los placeres la copa:

titánicos monumentos  
que, del pasado en las sombras,  
páginas con sangre escritas  
esculpieron de la historia:



pueblos, ciudades, naciones,  
que hablan á la mente ansiosa  
y el orgullo de otros siglos  
con voz doliente pregonan,

apenas hoy restos vanos  
de las mundanales pompas,  
á impulsos de ley terrible  
rápidas se desmoronan;

y á través de las edades  
surgen las pasadas glorias  
como lejanos vestigios  
sin luz, sin color, sin forma.

Todo camina á la muerte...  
todo en la tumba se agolpa  
cual corre la humana vida  
hácia la insaciable fosa.

Sólo las grandes acciones  
que en la virtud se coronan,  
del tiempo voraz resisten  
las fúrias asoladoras,

y como grato perfume  
de flor que en el cielo brota,  
en lo profundo del alma  
difunden su dulce aroma.

Por eso, cuando gloriosos  
acuden á la memoria  
los hechos de nuestra pátria  
que con la Fé se eslabonan,  
aparecen rodeados  
de esplendentes aureolas,  
y ante sus rayos divinos  
el corazón se alborozá.

Aun de ocho siglos de lucha  
contra las árabes hordas  
los inmarcesibles láuros  
su fresco verdor retoñan,



y frente al Korán vencido  
alza la Fé sus victorias  
como el blasón máspreciado  
de la bandera española.

¡Cuántas empresas gigantes!  
¡cuántas hazañas gloriosas  
que muestran ante los siglos  
su grandeza abrumadora!

No hay cincel que las esculpa,  
ni libro que las recoja,  
ni voz que cantarlas pueda  
del arpa en las pobres notas.

Para abarcarlas, es poco  
cuanto inventó la creadora  
mente del hombre, en los vuelos  
de inspiración prodigiosa.

Sólo el corazón las siente  
y el alma las avalora,  
siendo alfombra el mundo todo  
que ante su trono se postra.

Y es que la Fé las esmalta  
con rayos de eterna aurora,  
y el tiempo con su inclemencia  
ni las destruye ni borra.

En esos hechos titánicos  
donde la Cruz vencedora  
sublimó de nuestra pátria  
las virtudes que le adornan,  
como remate, el más digno  
de epopeya tan grandiosa,  
se alza del Genil riente  
la bella y gentil matrona.

Aquel Edén venturoso  
que los musulmanes lloran,  
aquella régia sultana,  
aquella Granada hermosa,



allí ostenta sus encantos  
como riquísima joya  
que de Aragón y Castilla  
abrillanta la corona.

¡Oh! ¡quién tuviera el acento  
del céfiro entre las frondas,  
de la fuente el ritmo dulce  
ó el gemir de la palma!

Tal vez entonces mi lira  
vibraciones cadenciosas  
lanzara, al narrar el triunfo  
de la Fé que el alma adora,  
cuando un guerrero cristiano  
en noche obscura y medrosa  
puso el nombre de la Virgen  
allá en la mezquita mora,

ó cuando una mano indigna  
lo entregó á burla afrentosa,  
resurgiendo aún más brillante  
como el sol tras noche lóbrega.

Empresa, á cuyo recuerdo  
el espíritu se arroba,  
porque en ella se compendian  
las hazañas más famosas.

de capitanes insignes  
que en la granadina zona  
abatieron el orgullo  
de los hijos de Mahoma.

Mas si mi voz no es bastante,  
la Fé en que el pecho rebosa  
endulzará los sonidos  
que exhala mi lira ronca.

Y así digno seré acaso  
de que mis pobres estrofas  
reflejen sólo el vislumbre  
de grandeza tan pasmosa.



II.

La afrenta de Jerez ya está vengada:  
ya del Genil en la florida vega  
de Castilla la enseña inmaculada  
entre el viento flotando se despliega.  
Santa-fé se alza allí, como avanzada  
que mil guerreros en redor congrega,  
y ruge, en tanto, el musulmán vencido  
tras formidables muros guarecido.

Los que en Sagunto y en Numancia al mundo  
con su valor indómito asombraron;  
los que de glorias el laurel fecundo  
en Covadonga al moro arrebataron;  
los que henchidos de anhelo sin segundo  
en las Navas y Córdoba triunfaron,  
hoy aspiran unir á su grandeza  
del pensil nazzarita la belleza.

¡Qué hermosa está Granada! Allá á lo lejos  
luce Generalife sus primores:  
de la aurora brillante á los reflejos  
la Alhambra ostenta pedestal de flores:  
las aguas de las fuentes mil espejos  
fingen entre irisados surtidores,  
y las Torres Bermejas misteriosas  
se alzan sobre un jardín de mirto y rosas.

Aquí y allá calados minarettes  
recortan del espacio el ancho velo;  
vistosos y ondulantes gallardetes  
dicen del moro el entusiasta anhelo:  
los cármenes del Darro, cual pebetes,  
sus aromas elevan hasta el cielo,



y cual joyas de espléndidos topacios  
el Albaicín descubre sus palacios.

¡Oh! ¡cómo el alma del cristiano agitan  
tan extrañas, fantásticas visiones!  
¡cómo en los pechos sin cesar palpitan  
los fuertes é insaciables corazones!  
En la sangre, al fluir, las ánsias gritan  
con voz que, al renovar las emociones.  
despiertan el deseo y el instinto  
de gozar en tan mágico recinto.

¿Y han de esperar á que rendido el moro  
ponga á las plantas de Isabel primera  
las llaves del riquísimo tesoro  
que delirante el español espera?  
¿No se dará al honor mayor decoro  
si con ayuda de la espada fiera  
hay quien demuestre en la ciudad su saña  
y lleve á cabo singular hazaña?

¡Oh, sí! ¡mil veces sí! Cien caballeros  
á la lucha se aprestan afanosos:  
quieren ser en las lides los primeros  
despreciando los trauces peligrosos.  
Tras los muros que ostentan altaneros  
su inmensa mole, brotan los gloriosos  
láuros que han de adornar la noble frente  
del español en su anhelar ardiente.

Mas sólo á un hombre el cielo ha concedido  
señalarse en tal épica porfía,  
que una idea gigante ha concebido  
y es grande y sin igual su valentía.  
Su nombre, por los siglos, repetido,  
eclipsará á la luz del claro día



y en mármoles y bronces entallado  
será de honor y de virtud dechado.

Guia su mente de la Fé cristiana  
la luz divina que encendió el Eterno,  
y al calor de esa Fé con que se ufana  
late su corazón gozoso y tierno:  
sentimiento de amor su pecho mana,  
quiere triunfar del poderoso Averno,  
y engarzar tan preciada maravilla  
en la augusta diadema de Castilla.

Ved... desplegando su sombrío manto,  
avanza por doquier la noche obscura:  
de la vega se oculta el dulce encanto,  
ninguna estrella en el cenit fulgura,  
de siniestra corneja el triste canto  
pesares mil al corazón augura,  
y se escucha la voz del centinela  
que en la muralla granadina vela.

Caballo dócil, al bridaje atento,  
rige un guerrero, en el arzón seguro,  
deja atrás el cristiano campamento  
y el suelo huella con su casco duro:  
el ginete, con bélico ardimiento,  
llega hasta el pié del enemigo muro,  
y con poder que á su valor iguala  
arroja hácia los bordes firme escala.

Trepa por sus peldaños silencioso,  
en la boca el puñal, la espada al cinto,  
y, la cumbre al pisar, corre animoso  
hácia el moro que guarda aquel recinto:  
al alarbe se arroja, y valeroso  
hunde en él su puñal, que en sangre tinto,



acusa que una vida arrebatada  
huye veloz á la infernal morada.

Súbito el caballero castellano  
se interna en la ciudad con arrogancia,  
llevando siempre en la robusta mano  
el acero que muestra su jactancia:  
no hay temor que le acose, y fuera vano  
hacerle abandonar aquella estancia  
sin que la idea que agitó su mente  
llevara á cabo en su anhelar ferviente.

Ya el momento llegó. Mole sombría  
aparece de pronto aterradora  
cual gigante que al cielo desafía  
y entre cavernas escondidas mora:  
es del Profeta la mezquita impía  
donde el fiero musulín sus culpas llora  
y donde sueña en el Edén mentido  
á sus ánsias groseras prometido.

Detiene el paso el caballero, y lanza  
grito feroz, cuyos vibrantes sonos  
llevados por el eco en lontananza  
repiten las arábigas mansiones:  
después altivo á la mezquita avanza,  
y ageno de embargantes emociones,  
clava en las puertas con su acero mismo  
el lema del amor del cristianismo.

AVE MARIA el pergamino ostenta  
en las macizas tablas incrustado,  
frase divina que al hispano alienta  
en las revueltas lides arrojado:  
del bravo musulmán terrible afrenta  
cual reto odioso á su blasón lanzado



que ha de encender su sangre vengativa  
mientras de Agar la descendencia viva.

Dobla al punto el cristiano fervoroso  
la rodilla é inclina su cabeza  
postrándose ante el nombre luminoso  
que grabó entre los orbes su belleza:  
ofrece á Dios el hecho venturoso  
cual tributo rendido á su grandeza,  
y de su misma hazaña satisfecho  
siente vibrar su entusiasmado pecho.

Mas súbito un rumor, cual oleaje  
de embravecido mar, cercano suena:  
es que ya el musulmán en su coraje  
con roncos gritos los espacios llena:  
pretende castigar aquel ultraje  
impreso en la corona sarracena  
y desatar el ódio que sin tasa  
las hondas fibras de su sér abrasa.

De los hachones la rojiza lumbre,  
rompiendo el manto de la sombra densa,  
ilumina bullente muchedumbre  
que avanzando á la plaza se condensa:  
hiere la vista el pálido vislumbre  
de los alfanjes que á lavar la ofensa  
saltan entre las manos presurosos  
de sangre y llanto y exterminio ansiosos.

Levántase el cristiano, y al momento  
su espada destructora al áire brilla:  
infúndele el peligro nuevo aliento,  
que el morir no lo abate ni lo humilla;  
y mezclando al rumor potente acento,  
«Granada por Pulgar y por Castilla»



dice, y blandiendo el hierro centellante,  
acomete á los moros anhelante.

Como en la agreste selva tigre hircano,  
revuélvese iracundo á cada empuje,  
siembra la muerte su nervuda mano,  
su duro arnés bajo los golpes cruje,  
crece el ardor del noble castellano,  
de dolor y de rábía el moro ruje,  
y se siente á los piés temblar el suelo  
amedrentado ante el horrible duelo.

No hay trégua ni piedad. Es el instante  
supremo en que dos razas divididas  
por su historia y su fé, del palpitante  
pecho arrojan las iras comprimidas;  
y cual responde el yunque resonante  
del martillo á las récias sacudidas,  
responde el brazo al corazón que brama  
al impulso de muerte que lo inflama.

Sobre charcos de sangre, lentamente  
Pulgar avanza, y animoso cierra  
contra el espeso bando que, inclemente,  
en la lucha titánica se aferra:  
mas al fin el espíritu valiente  
del castellano al enemigo aterra,  
y abriéndose camino con su espada,  
encuentra entre las sombras retirada.

Retirada de honor con que termina  
su empresa colosal. Bien pronto llega  
al pié de la muralla granadina  
y aspira el áire de la hermosa vega:  
sobre el arzón de su corcel se inclina,  
sin rienda el bruto á galopar se entrega,



y Pulgar, puesto en Dios su pensamiento,  
penetra en el cristiano campamento.

III.

Bien haya el guerrero insigne  
que tan singular hazaña  
llevó á cabo, enalteciendo  
los laureles de la patria.

Bien haya Pulgar el bravo,  
cuya grandeza traspasa  
los límites que en la historia  
marcó á los héroes la Fama.

Bien haya, y vuele su nombre  
por los ámbitos de España,  
la emulación despertando  
de los que las glorias aman.

Desátese el campamento  
en júbilo y algazara,  
y á un combate decisivo  
apreste sus fuertes armas.

Los nobles, sobre las cruces  
de sus tajantes espadas,  
juren continuar la empresa,  
honor de la Virgen Santa.

porque el nombre de MARIA  
sus corazones inflama,  
y dar por Ella su sangre  
fuera su ambición soñada.

Que MARIA es luz divina,  
estrella de la mañana,  
consuelo del afligido,  
y amor, vida y esperanza:

y á su recuerdo indeleble  
que la ansiosa mente exalta,  
el láuro de cien victorias



con más fulgor se abrillanta.

¡Oh, cómo se aterra el moro  
lleno de vergüenza y rábía,  
y la herida que le afrenta  
oculta en fingida calma!

¿Devorará en el silencio  
el ultraje que le mancha,  
ó saciará en mar de sangre  
el ardor de su venganza?

Ya en el oriente despunta  
la risueña luz del alba,  
y el crespón de las tinieblas  
con vivo carmín se esmalta.

Del muezzín la voz aguda  
al pueblo afrentado llama,  
mostrándole en la mezquita  
lo que sus timbres empaña:

y el pueblo acude, y contempla,  
presa de estupor el alma,  
aquel lema peregrino  
que en los muros se destaca.

La aurora un rayo amoroso  
de su corona le manda  
para iluminar el triunfo  
de la Virgen soberana.

Pero nadie, ante el prodigio,  
osa acortar la distancia  
rasgando el cartel que acusa  
una empresa sobrehumana:

y en los murmullos de asombro  
que de los pechos se escapan,  
algun ay sordo y perdido  
el abatimiento marca.

Que el pueblo, en su instinto, mira  
la mano del cielo airada,  
y en su conciencia presente



hondas y nuevas desgracias:  
y parece que, flotando  
del viento en las oleadas,  
un espíritu de muerte  
hasta el entusiasmo apaga.

Mas una voz resonante  
lejos grita: «Atrás, canalla»  
y el pueblo ante aquel acento  
tímido y débil se aparta.

Llega al pié de la mezquita  
un atleta, cuya saña  
deja escapar en el fuego  
de su potente mirada;

y volviéndose á la plebe  
á quien su presencia espanta,  
con las iras de su pecho  
así enardecido exclama:

«Pueblo vil degenerado,  
sombra de la antigua raza,  
que acobardado contemplas  
tu religión ultrajada:

ya que el temor te contiene  
y la molicie te embarga  
y del Korán santo miras  
las hojas desparramadas,

yo vengaré con mi alfanje  
en mil cabezas cristianas  
la osadía del guerrero  
que hasta aquí posó su planta.

Y pues alientos me sobran  
y corazón no me falta,  
yo responderé ante el mundo  
por el nombre de Granada.

Ese cartel será alfombra  
do marcará sus pisadas  
mi corcel, ante la vista



de las huestes castellanas.

Huye, oculta la ignominia  
entre goces y entre zambras,  
mientras la pátria en peligro  
llanto de fuego derrama.»

Dice, y con paso arrogante  
hácia la mezquita avanza,  
y, alzando el robusto brazo,  
el lema cristiano arranca.

#### IV

En la mitad del cielo el sol su lumbre  
como señor de los espacios vibra,  
y rayos mil de su corona ardiente  
sobre la vega de Granada envia.

Tiemblan del Darro y del Genil las aguas  
que entre aromosas flores se deslizan,  
y la nevada cumbre del Veleta  
bajo las luces que la esmaltan, brilla.

El águila real tiende su vuelo  
sobre la mole azul de Sierra-Elvira,  
y en los espesos álamos las aves,  
con dulce voz enamoradas trinan.

Parece que la próspera Natura  
se adorna amante con sus galas ricas  
por celebrar también el alto triunfo  
de la sagrada y celestial MARIA.

Y hasta los áires fingen tiernos cantos,  
vagos rumores y sonoras risas,  
como besos de amor que desde el cielo  
á la tierra los ángeles envian.

Alborozada Santa-fé celebra  
la hazaña singular que la sublima,  
enalteciendo de Pulgar el nombre  
como el sostén más firme de Castilla.



Y entre perfumes de fragante incienso  
y torrentes de plácida armonía,  
el sacerdote su plegaria ardiente  
á los pies de la Virgen deposita.

Todo es júbilo y fiesta y entusiasmo  
que hasta el ambiente llenan de alegría,  
llevando el eco á la ciudad sitiada  
clamor lejano en alas de la brisa.

Todo preságia que la Cruz en breve  
sobre la aljama irradiará purísima,  
y bajo el hierro de las duras mallas,  
del castellano el corazón palpita.

Que si fuerte en los trances peligrosos  
la arrogancia del moro desafía,  
al calor de la Fé dulce y suave  
tiernas se mueven sus potentes fibras.

Mas ¿quién turba el alegre clamoreo  
y hace el rubor subir á la mejilla  
cual si una mano aleve sobre el rostro  
grabara el sello de rugientes iras?

¿Quién despierta al león allá en la selva,  
removiendo su fúria adormecida,  
y vé impasible de su garra el filo  
cuando las crines ásperas eriza?

¿Quién?... Desde el muro granadino avanza  
con vana y ostentosa bizarria,  
sobre corcel fogoso, cual su dueño,  
un atleta que Tarfe se apellida.

Es el que ha poco ante asombrada plebe  
el cartel arrancó de la mezquita,  
y viene á devolver la grave afrenta  
á su fé y á sus timbres inferida.

Él solo, por Granada, vá á medirse  
enfrente de las huestes enemigas  
con los nobles que quieran, uno á uno,  
cruzar sus armas en abierta liza.



Para excitar los bríos del cristiano,  
con temeraria y cínica osadía  
el lema de Pulgar ufano arrastra  
por el suelo, pendiente de la silla.

Frente á las tiendas el corcel revuelve,  
con voz de trueno á la avanzada grita,  
y, ya lanzado el reto, á un verde soto  
esperando el combate, se retira.

¡Oh! ¿Quién podrá sufrir tamaña ofensa  
que lleva envuelto un mundo de ignominia?  
¿Quién vé impasible, de ludibrio lleno  
el dulce nombre de la Virgen pía?

Nadie: no hay castellano que consienta  
oprobio tal, cuando la Fé le anima  
y alza un templo al honor dentro del alma  
en cuyas aras rinde hasta la vida.

Que del bravo español en el escudo  
donde su gloria está con sangre escrita,  
el honor y la Fé van enlazados  
formando bella y sin igual divisa.

Ante el reto feroz, cien caballeros  
que más laurel para su frente ansían,  
la régia vénia á demandar acuden  
y con transportes de furor se agitan.

Pero mientras recibe de sus reyes  
la señal de partir, suelta la brida  
de impaciente trotón, campo adelante  
vuela un joven modelo de hidalguía.

Es Garcilaso, cuyos años bullen  
en el albor de juventud florida  
y cuya fama ensalzará ante el mundo  
el blando son de su harmoniosa lira.

En alas del coraje que le exalta,  
llega hasta el pié de la floresta umbria,  
donde Tarfe, en la hierba reclinado,  
un triunfo en sus delirios imagina.



El joven español toca el escudo  
del gigante musulmán, que vuelve y mira  
con profundo desdén, al ver que un niño  
es quien los ódios de su pecho irrita.

Requíerele el doncel, pero es en vano;  
nuevo desdén responde á su porfía,  
que no es justo en empresa de tal monta  
ambos luchar con fuerzas tan distintas.

Mas el bravo español, enardecido  
al fuerte impulso de su sangre altiva,  
blande su lanza, y con el cuento hiere  
la ennegrecida faz del islamita.

El moro entonces, como tigre hambriento  
que la sangre olfatea de la víctima,  
apercibiendo su nudosa lanza,  
sobre el arzón de su caballo brinca.

Frente á frente los dos, sólo un instante  
se contemplan: después récia embestida  
se dirigen, y al choque de los hierros,  
los duros robles vuelan en astillas.

Las espadas al punto centellean  
que, como sierpes, en el áire silban,  
y al descargarse en el arnés sus golpes,  
despiden sin cesar cárdenas chispas.

Y avanzan y revuelven los caballos  
que al agudo acicate se encabritan,  
y el fuego de sus almas se desborda  
como una inundación, de sus pupilas.

Si el ardor del cristiano sigue y crece,  
tal vez su brazo acosa la fatiga,  
que las fuerzas del moro son inmensas  
y ansioso de vencer las multiplica.

Mas Garcilasso, que en su anhelo invoca  
el nombre de la Virgen sacratísima,  
tales alientos en el pecho siente  
que sus cansados nervios se reaniman.



Entonces acomete presuroso,  
y á los tremendos tajos que prodiga,  
de su contrario con pujanza y brio  
rompe al fin la coraza damasquina.

Y en la garganta que descubre el moro  
donde sus venas inflamadas hincha,  
la espada hasta la cruz rápido esconde  
y de su arzón al suelo le derriba.

Tarfe cayó con el horrible estruendo  
de secular y vigorosa encina  
cuando descuaja el huracán su base  
y la arroja á los antros de una sima,

Al punto el jóven hácia el alto cielo  
dirige su mirada agradecida  
y eleva una oración, mientras el moro  
con horrorosa convulsión expira.

Pronto como trofeo su cabeza,  
manchada en sangre y coagulada y fria,  
pendiente del corcel de Garcilaso,  
la gloria y prez del español publica.

Y el cartel rescatado, cuyo lema  
puso miedo en la plebe granadina,  
canta el triunfo de Aquella, cuyo nombre  
es de los mundos eternal delicia.

## V

Granada es ya cristiana: el sol de la victoria  
los timbres castellanos amante iluminó:  
la raza del Profeta, perdida ya su gloria,  
llorando sus desdichas al Africa partió.

Descubren los palacios misterios y grandezas  
que muestran del vencido la ciencia y el poder;  
los cármenes ofrecen sus mágicas bellezas  
y en grutas perfumadas tesoros de placer.



Circula por sus calles extraño movimiento como la sangre nueva que afluye al corazón, y en todas partes bullen la dicha y el contento que aumentan las delicias de tan feliz mansión

No gimen tras las sombras de espesa celosía las bellas bajo el peso de horrible esclavitud, que, rotas las cadenas, radiantes de alegría, la libertad celebran al son de su laud.

Y vienen de otras tierras bizarros trovadores para cantar la fama del granadino Edén, y ansian las guirnaldas de tan vistosas flores para ceñir sus arpas y coronar su sién.

La Alhambra, sublimando su gracia y her-  
(mosura,  
alberga en su recinto la sacrosanta Cruz,  
y parten de aquel foco que vívido fulgura  
los rayos esplendentes de la cristiana luz.

En polvo convertida, cayó del moro impío la aljama portentosa, refugio del Korán: sobre sus ruinas yertas un nuevo poderío á Dios un templo santo levanta con afán.

Parece que al conjuro de misterioso ensalmo que lanzan los martillos, su golpe al imprimir, la mole gigantesca, creciendo palmo á palmo, se vé de entre el escombros magnífica surgir.

Y sobre el arco airoso de la maciza puerta, el lema AVE MARIA grabado en piedra está, como atalaya eterno que en incesante alerta por las cristianas glorias amante velará.



Emblema venturoso de amor bendito y santo,  
el pueblo granadino su dicha mira en él;  
y al recrear su mente con tan precioso encanto,  
recuerda la agonía del aterrado infiel.

Así se perpetúa la memorable hazaña  
con que Pulgar su nombre por siempre enal-  
teció: así el laurel del triunfo se ostenta de la España  
que en lucha de titanes al moro al fin venció.


Así en un mismo punto y en misterioso lazo  
de religión y pátria el nombre unido vá,  
y mostrará á los siglos el amoroso abrazo  
que á la hidalguía hispana benigno el cielo dá.





---

## HAGAMOS HISTORIA.....



Sr. D. José María Munuera.

Hace tiempo que acaricié la idea y formé el propósito de dirigirme á V. á fin de procurar despertar en su dormida memoria el recuerdo de un pensamiento, avivar su alestargada voluntad por el cumplimiento de una promesa.

Nada, en verdad, ha perdido V., ni tampoco los habituales y discretos lectores de esta publicación con mi silencio; pues mis escritos no entrañan interés, y en su mayoría son insulsos é insípidos como guiso mal condimentado ó fruto mal sazonado; pero al fin cada uno tiene sus aficiones en este mundo, y yó, en aquellos ratos, pocos por cierto, en que ocupaciones y preocupaciones me dejan libre, borrajeo cuartillas, sin otro fin que el de satisfacer mis naturales ánsias, ni otras aspiraciones que cumplimentar los deseos de



mi voluntad, sin perseguir por lo tanto ideales irrealizables; harto se me alcanza que las flores de mi pobre ingenio, ni tienen color ni aroma.

Me ha impulsado á dirigirle este pobre escrito, el haber llegado á mis manos un número de la preciosa publicación «Cartagena Artística» (por desgracia ya no se publica,) revista que honra á la ciudad de Asdrubel y en cuya primera plana aparece el grabado del ilustre hijo de Totana, Excmo. Sr. Don Andrés Cayuela Cánovas, y un artículo biográfico referente al citado excelente caballero; precioso y afiligranado marco, adornado por V. con los primores de su claro ingenio; marco que ajusta muy bien por hallarse en relación su mérito con el de la figura que encierra. En vano ha sido el que V. lo haya perfumado con el fragante aroma de la flor de su modestia.

Á muy poco de comenzada la lectura de su bien escrito artículo, hay que continuar seducido por el interés que despierta, por el atractivo que encierra, por la corrección de su estilo, su bella forma, hermosos conceptos expresados con claridad, la oportunidad de las citas, la exposición de las fechas, la narración de los hechos y el atinado juicio apreciativo que hace; causas todas que reunidas obligan á que uno lo lea con verdadera fruición y entusiasta deleite. Esta es una prueba que confirma la antigua y justa idea que tengo de las especiales dotes de V. para la clase de trabajos biográficos-históricos, por los cuales tiene verdadera afición y á la que ha dedicado el tiempo que le dejan libres sus múl-



tiples ocupaciones. Aun recuerdo con gran contentamiento el rato tan agradable que me proporcionó, en ya algo lejana fecha, con la lectura de algunas páginas de su manuscrito original intitulado «Historia de la villa de Totana», las cuales debieran ya estar oreadas por el aura de la publicidad; trabajo que prueba á la vez que su reconocida ilustración, su afición al mismo, su vocación al estudio, y, sobre todo, el amor que le profesa á esa tierra, en donde por largos años ha cultivado con tino y esmero, al par que con especial acierto, el hermoso plantel de una numerosa niñez y en la que han nacido las preciadas flores que embellecen, adornan y alegran su tranquilo y bendito hogar. Esa tierra, á la que á semejanza de V., profeso un cariño casi rayano al que tengo á la en que nací; á esa tierra en la que hay tan buenos y nobles hijos no desprovistos de excelentes facultades, pero deprimidas por el grave peso del abandono. ¡Lástima que las energías de esa juventud no se encaminaran á la realización de actos útiles y provechosos! ¡Lástima que no se inspiran en los bellos y acabados modelos de algunos de sus coetáneos y otros que cual los que V. cita en su artículo, fueron honra y prez de ese hermoso y alegre suelo! Mas ya que V. demuestra el interés que ellos debieron tener; ya que ha dedicado largas vigiliass á la busca y estudio en archivos, bibliotecas particulares, etc. y ha recogido datos necesarios á fin de obtener y reunir los preciosos y útiles materiales, con que poder levantar el preciado monumento de la Historia de su pueblo; ya que ha logrado y conseguido lo



más, puesto que la obra está concluida y solo falta descorrer el velo que la cubre, no deje de hacer lo menos, y no someta á reclusión perpétua, ni envuelva en las obscuridades y lobregueces del olvido esas brillantes páginas, prueba irrefragable de su actividad y de su modestia.

No para escribir la Historia de su pueblo, aunque es muy honrosa y muy llena de interés, pero que después de todo ha de ser muy limitada, como para escribir la de esta nación, digna de mejor ventura, le sobran dotes y bríos, tanto como le faltan medios inquisitivos, dada su permanencia ahí. Y cuenta que para ser historiador se necesita reunir muy raras y excepcionales cualidades, porque cual dice Fenelon «es muy raro ser buen historiador» pues se necesita poseer génio histórico, para formar un buen plan, establecer perfecto orden y desarrollar los acontecimientos.

Sin mente vasta, severo juicio, sutil ingenio, brillante imaginación, orden, combinación, meditación y estudio, en vano intentará un escritor formar una buena historia. Así lo afirma un ilustre y sábio publicista; de este modo puede resultar la historia completa, útil é instructiva. La mayor parte de los historiadores, llevados de un espíritu de escuela ó de secta, de partido ó de pasión, ó arrastrados á veces por las corrientes de sus aficiones, caen en la sima de la parcialidad, llegando hasta el extremo de prodigar alabanzas á lo que merece censura, ciegos á veces por la catarata de la adulación y olvidando la tan sacrosanta ley en la historia.



«Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat, ne qua suspicio gratiae sit in scribendo, ne quae simultatis »

La historia, la gran maestra de las verdades y provechosas enseñanzas, es llamada con sobrada razon por el eminente orador griego: «La luz de los tiempos, el depósito de los sucesos, el testigo fiel de la verdad, el manantial de los buenos consejos y de la prudencia, la regla de la conducta y de las costumbres.» «Testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae, nuncia vetustatis. La Historia pone de manifiesto la corrosiva llaga del vicio, pone de relieve la verdad, ensalza la virtud, preconiza el mérito, desenmascara la hipocresía y rinde vasallaje á lo loable, lo digno, lo honorífico. La Historia, debe ser el espejo fiel que reproduzca en su límpida superficie la perfecta imágen de los verdaderos hechos, á fin de poder deducir de ellos las consecuencias naturales, lógicas y provechosas.

Desde Herodoto, nacido en Halicarnaso 484 años antes que J. C., á quien muchos llaman el padre de la Historia, hasta nuestros dias, son tantos y tantos los historiadores de los diferentes paises antiguos y modernos, que su número alcanzaria una elevada cifra— Tucídides, Jenofonte, Theopompo, Sículo, Plutarco, Salustio, Tito Livio, Népote, Pompeyo, Tácito, Curcio, Flavio, Amiano, etcétera, son los primeros que escriben estas difíciles obras y si las iluminan con los fulgores de sus claros ingénios, si son astros de radiante luz, no dejan de ostentar algunas obscuras y graves manchas, defectos unos de estilo, de juicio, de exposición, de falsedad,



de exageración, etc. etc. La edad media es sabido que fué de gran postración y estremada decadencia para la Historia, hasta que el Renacimiento la elevó á su primitivo valer y esplendor. Hagamos gracia de los nombres de los muchos críticos que en dicha edad florecieron, entre los que sobresalieron, Malaspina, Comin, etc.; la Historia vuelve á encajar en los moldes del antiguo clasicismo. A partir de esta época hasta después de la Revolución francesa, en Francia, como en Italia, Inglaterra y Holanda, se distinguieron Martin de Bellay, Castelnau, Saint Simon, Maquiavelo, Pallavicini, Sasseti, Gibbon, Robertson, Voci, etc., después de la época referida la Historia adquiere un gran desarrollo, debido, en union de otras concausas, al extremo, extension y perfeccionamiento á que llegaron las ciencias auxiliares, las cuales forman el cortejo que le acompaña, prestándole apoyo, luz, certeza y facilitándole el camino que ha de recorrer. Desde Thiers y Guizot, Luis Blanc, Lamartine, Segur, Michelet, y otros muchos; en Bélgica el Historiador filósofo Laurent; en Italia, Botta y Cantú; en Portugal Herculano; en Inglaterra Tumer, Hallam y el singular Maculay; en los Estados Unidos Washington, Prescott, Braucoit; en Alemania Miller, Niebuhr, Schiller, Gervinus y Moomsem, entre muchos mas que ilustraron sus respectivos paises con sus estudios históricos. En España, en esta nuestra amada patria, tan admirada como codiciada de todos, han existido notabilísimos historiógrafos, los cuales han trasladado á las páginas del libro, con más ó menos exactitud y acierto, con es-



caso ó sobrado juicio, pero siempre con noble afán, los hechos de este pueblo grande y digno, heróico y sublime, hasta en sus desastres y derrotas. En sus valles y montañas, en sus gargantas y desfiladeros, en sus extensas llanuras, como en sus profundas quiebras, en todas partes, en todos los sitios, se encuentran vestigios, restos, señales y pruebas de sus constantes luchas. Las olas de sus mares llegan á la playa murmurando el himno de sus pasadas victorias; sus rios y arroyos parece que elevan su acento, ora alegre y animado, ora triste y quejumbroso, segun el punto que recorren, porque unos les recuerdan las glorias obtenidas y en otros, que un dia las aguas que les precedieron, arrastraron en sus corrientes mezcladas con ellas la sangre de los hijos de su suelo; las auras suspiran al recordar que un dia orearon las fuentes, ya tristes por el dolor y mustias por la muerte, ceñidas otras por el verde laurel de la victoria, y todo y por doquier pregona cuanto ha sido y es este pueblo la mayor parte de las veces victorioso, algunas vencido y nunca humillado, el cual ha realizado hechos que ningun otro puede narrar, los cuales son la ejecutoria de su poder, de su hidalguia, de su bravura y del santo fuego de su independencia.

De propósito hemos dejado el reseñar á los varios escritores que pusieron sus facultades al servicio de la historia patria, legandó á la posteridad como sagrado tesoro, la memoria de los acontecimientos pasados. Tarea hasta pesada y sobradamente penosa seria la de ir numerando todos cuantos escritores han exis-



tido, historiadores, ya lo sean propiamente, ya solo como cronistas ó forjadores de anales. Desde el caballero D. Pedro Lopez de Ayala, noble linajudo, Fernan Perez de Guzman, Señor de Ratres; Gutierrez Diez de Gamea y Alonso Garcia de Santa Maria, cronistas que florecieron en el siglo 15.—Fernando del Pulgar, Srio. y Consejero de los Reyes Católicos, dejó sin terminar la crónica de estos soberanos; posterior, en el reinado de Carlos 5.º, para satisfacer la necesidad que se dejaba sentir de una Historia, que fuera la Historia de la gran Monarquía que se habia formado por la conjuncion de los varios reinos, se hizo fijar la atencion en Florian de Ocampo, Canónigo de Zamora, el que acometió tan difícil empresa y arduo trabajo con ánimo y constancia; pero la muerte acortó su vida, dejando solamente publicada la obra en cinco libros titulada «Crónica general de España» en la que se ocupó de los tiempos mas antiguos. A este reemplazó en su comprometido encargo, Ambrosio de Morales, natural de Córdoba, tambien clérigo, en quien corrian parejas el talento y la virtud y continuando la obra de su antecesor, logró terminar hasta los reinos de Leon y Castilla.

Por la misma época Esteban de Garibay, publicó sus cuarenta famosos tomos, en los que historió los reinos de España y en los que relata los hechos desde los tiempos remotos, hasta la conquista de Granada: Jerónimo Zurita escribió los «Anales de la Corona de Aragon» y sobre el mismo reino, escribió el P. Pedro Abarca: de modo, que las primeras Historias que se dieron á luz sujetándose en



un tanto á algunas de las condiciones, exigidas á esta clase de trabajos, como son: plan, método, imparcialidad, rectitud etc.; fueron Morales, Zurita y Garibay. Pero le estaba reservada la gloria de escribir la primera Historia general de España, al sabio Jesuita, hijo de la histórica ciudad de Talavera de la Reina, al Rdo. P. Mariana, que nació á la mitad del año 1536, en cuyo Padre reconoce un severo crítico, todas las prendas que deben formar al verdadero historiador; y así como á Tito Livio se le dió el dictado de el historiador Latino, al Padre Juan de Mariana, se le dió muy justamente el de Príncipe de los historiadores Españoles, que poseia vasta erudicion, genio inquisitivo etc., y que su obra es un monumento que perpetuan los siglos, sin que por ello deje de ostentar el sello de defecto que lleva toda obra humana; lo prueban los muchos juicios emitidos por sabios y distinguidos críticos, siendo uno de los mayores que se le reconoce, el haber dado demasiado abrigo á fábulas, errores excesivamente vulgares; á consecuencia de lo que la verdad quedaba de-figurada. desconocida en muchos casos. —Mendoza, Moncada, Manuel de Melo, Solís, Argensola, Zúñiga, Coloma, Sandoval, historiadores profanos todos, tienen trabajos sobre uno ó varios reinados, y de los lejanos paises que antes nos pertenecieron, de los cuales hoy nos resta únicamente, la joya, sin estima, del recuerdo.

Por último, D. Modesto Lafuente, Toreno, Ferrer del Rio, Valera, Cánovas y otros, han historiado con celo y entusiasmo, particularmente el primero, que en su Historia ge-



neral de España, ha dejado marcada la profunda huella de su ilustracion, claro juicio, actividad, rectitud, imparcialidad, estilo correcto, apropiado lenguaje y justo amor patrio; razonados fallos han hecho que se reconozca la citada obra, como una de las mas recomendables en nuestros dias.

Todos estos escritores que han dejado á su paso por el mundo la estela brillante de su preclaro ingenio, la cual sirve de guia á la presente y venideras generaciones, á las cuales les muestran el tesoro inapreciable de los hechos, juicios y enseñanzas consignados en las páginas de sus libros; ricos panales donde depositaron las mieles de su portentoso genio; mieles libadas en las flores que se encuentran á veces ignoradas en los invernaderos, llamados archivos, bibliotecas etc., han merecido y merecen bien de la madre patria, por que ellos han recogido y ordenado la serie de sucesos ya prósperos ya adversos, que en ella tuvieron lugar y se desarrollaron; fueron los bardos de sus alegrías y los plañideros de sus tristezas. Así como faltaria á los deberes de la Caridad cristiana, el que siendo poseedor de inmensas riquezas, permaneciera insensible é indiferente ante las miserias y necesidades de su pueblo, no acorriendo á ellas, así falta á un deber de lesa patria y humanidad, el hombre que luciendo facultades excepcionales, claro juicio y conocimientos bastantes, no le enseña al pueblo las historias de su pasado, á fin de que no permanezca siempre en su infancia, cual califica ese estado un célebre escritor, y con objeto que le sirva de enseñanza lo bueno, de correccion lo



malo, de ejemplaridad lo noble, de estímulo lo digno, de incentivo lo sublime, y pueda amar y ensalzar á los héroes, despreciar y anatematizar á los falsos, malvados y traidores; encariñarse con los buenos, y compadecer á los desgraciados.

A parte excusas, mi querido amigo, y si es que alientos conserva después de la lectura de todo cuanto precede, que si lo califica de bazofia histórico-literaria, no habrá hecho mas que dar una prueba de veracidad, puesto que mi atrevimiento é inhabilidad, incompetencia é ignorancia, han presentado adulteradas, sin duda, ricas sustancias, muy mal aderezadas, para que se cumpla en este, como en todos los casos la ley de la compensación. Sacuda V. esa pereza, orin que corroe las más viriles facultades, venza su temor, sacrifique su modestia y cuanto antes publique la Historia de ese noble pueblo, trabajo que le agradecerán, á la par que sus propios hijos, otros que aunque no nacidos en su hermoso suelo, sentimos por él amor y entusiasmo casi filial. Si cual me decía, no se atreve por el temor de que su obra tenga defectos, deseche ese natural sobrecogimiento propio, inherente á todo hombre que se reconoce, que siempre desconfía de su propia obra, por seguridad que tenga de haber puesto en ella el mayor cuidado. Toda obra humana lleva impreso el sello de la imperfección; y cuando se publica un libro sin más móvil que arrojar esa gota en la cristalina corriente de los conocimientos humanos, que fertiliza y fecunda los campos de la civilización, sin que al arrojarla sirva de incentivo el vano apláuso, la hinchada



pretensión, el afán de significarse, la pasagera fama; la obra en cuestión es acogida con cariño, por los amantes de favorecer el desarrollo de todo lo útil y provechoso, y en tales circunstancias la crítica no es reptil de ponzoñoso y mortífero veneno que clava su agudo diente con el placer de matar: sino el necesario y benéfico anélido que hace la succión de lo nocivo, á fin de proporcionar la mejoría; no es el fuego voraz que todo lo consume y reduce á cenizas, sino el del crisol que limpia y purifica; no es el violento huracán que consume, troncha y derrumba, es el viento apacible que lleva en sus ondas gérmenes de vida; no es torrente devastador que todo lo arrasa, sino la cristalina corriente murmuradora que anima y fertiliza. Hágalo en buen hora, que sus esfuerzos serán estimados, apreciada su constancia, su interés, entusiasmo y decisión agradecidos y tenidos en cuenta; tenga presente, que merece mucho más aquel que con escasos y rústicos materiales logra con supremos esfuerzos levantar la humilde choza, que el que disponiendo de sobrados medios, abundantes y ricos materiales, alcanza la erección de suntuoso y soberbio palacio.

V., me consta, que ha buscado por doquier, en todas partes donde ha tenido indicios de poder adquirir, ora el rugoso pergamino, ora el empolvado legajo, el carcomido y borroso papel, han sido codiciados y adquiridos; ha escuchado las narraciones, prestado atención á los relatos y la fábula, la conseja la tradición, todo, al calor de su perseverancia y entusiasmo y al vigoroso impulso de sus



facultades ha germinado, redivivido con la vida propia y verdadera después de ser todo estudiado, examinado, presentando tallado el brillante de la verdad, con el buril de su clara inteligencia. Por lo tanto, muéstrelo y háganos admirar sus ricas facetas, sus rayos de luz, su limpidez y diafanidad.

Pongo fin á estas mal borrajeadas cuartillas, escritas sin otro interés que si pudieran servir de acicate á su voluntad, de palanca que mueva la pesada losa de su olvido; fuera pretensión y muy vana en mí, echarla de escritor y mucho más de escritor de asuntos de suyo difíciles; pues si me he permitido enumerar algunos de los muchos historiadores y cronistas que han existido, ha sido únicamente por cubrir con su grandeza mi desnudez, ha sido con objeto de eclipsar con los resplandores de su gloria, á fin de no ser visto. No dudo que me hará la justicia de creer que este atrevido ensayo, no obedece á alardear de conocimientos que no poseo, de erudición de la que carezco y de ilustración que lamento no tener y que solo ansío obtenerla; ni menos por advertirle, pues hartos se me alcanza que olvidado, de sabido, tiene cuanto dejo apuntado. Héme aprovechado de trabajos hechos y perfectamente acabados, los cuales nos enseñan la Historia de los historiadores, sus obras, sus condiciones, sus bellezas, sus méritos, sus defectos. Hágoles así constar con ingenuidad y franqueza, pues aunque no he hecho más que entresacar y reunir los materiales necesarios para construir, operación precisa á todo el que pretende hablar ó escribir de un asunto, quiero satisfacer sobradamente hasta á los más suspicaces, pues pre-



fiero mil veces ser tenido por pollo sin plumas que por el *grajo de la fábula*.

Dios premie á V. la paciencia, si es que la ha tenido, de llegar hasta estas frases y aplique lo que haya padecido con la lectura de mi farragoso escrito, como penitencia que le he impuesto por la grave falta de no haber publicado ya su bien escrito original de la «Historia de Totana».

Suyo aftmo. amigo y s. s. q. s. m. b.,

**Antonio Molina.**



---

## POR LA FUENTE DE GALTERO

---

Muy próximas á la celebrada Fuente de Galtero, hay dos barracas de pobre y miserable aspecto. Sus costados muestran el desnudo de sus cañizos. El mantillo que las cubre, se lo vá llevando cada dia, poco á poco y en girones, el viento de «arriba». Sus cruces parecen más bien las de sepulturas olvidadas, que las de viviendas de cristianos. Encorvadas sus cimas, agujereadas sus «leras», carcomidas sus puertas sin cerraduras ni aldabas, aquellas barracas son un poco más que chozas y un poco menos que hogares de dos familias. Una de ellas tiene en la puerta una parra que la acaricia con sus retoños; y la otra á uno de sus lados, un corpulento sáuce, que parece está allí como para llorar la total ruina de aquel albergue.

Pues, sin embargo, en esas dos barracas vivian hace cosa de un año dos familias. En la que se encuentra primero, que es la más próxima á la mencionada Fuente, vivian: Blas Correntilla, su mujer y un hijo de unos veinte años, entendido y conocido en la Albatalía y en Espinardo por «El Correntillas», que era el apodo patronímico, lo único que el muchacho había de heredar en la casa paterna.



El Correntilla padre y el Correntilla hijo eran basureros: con la diferencia de que el hijo lo era por la fuerza, y el padre lo era con orgullo. El hijo, de entrar y salir en las casas de Murcia, había visto algo del mundo: había visto que algunos compañeros suyos, arrojando el «mocho», habían entrado en la corriente del progreso, desempeñando cargos de lucimiento, como el de eucender el Gas ó fogonero del Tren, y no se humillaba hasta recoger de las vías públicas el detritus que benéficamente les deja á los de su oficio la policía urbana, sino con la esperanza de alcanzar el día de su emancipacion. La mujer de Correntilla era lavandera; total, que la industria de los Correntillas no era la perfumería.

Pero, vamos á la otra barraca, que está como un tiro de bala de la primera. Allí vivía el «Conde», la «Condesa», que era naturalmente su mujer, y la «Condesiquia», que así se llamaba en el partido á su hija Cármen, una muchacha de diez y seis años, que era una primavera. El Conde era, hasta cierto punto, un personaje; por algo le habrían puesto ese aristocrático apodo, pues su nombre era Antonio Frutos. Era lo que se llama en la huerta un «périto», esto es, práctico en la agricultura. El sabía apreciar, con precision matemática, las «rejas» y el abono que tenía un bancal; los beneficios que tenían un par de novillos, criados á medias; tasaba, sin discrepar en nada, la hoja de las moreras de cuarenta tahullas; cubicaba, á ojo, un monton de estiércol, aforaba una garbera; pesaba un pajar, y se sabía de memoria, no solo las Ordenanzas de la Huerta, sino los usos y costum-



bres que regulan todas las transacciones agrícolas. Los que conocen las costumbres de nuestra huerta, saben muy bien la importancia de este personaje. El Conde era muy querido, porque, á su manera y segun sus cortas luces, como él decía, le gustaba ser justo y no tirarse con nadie. La mujer del Conde era modista, digámoslo así; con unos mismos patrones, trazaba y cortaba, á todas las de aquel paraje, armadores y armillas, y algunas veces, hasta mantellinas. Su hija Carmen se ocupaba en los afanes caseros.

Entre las dos familias de una y otra barraca había la diferencia que siempre resulta, en gustos y en cultura, entre los que viven del trabajo material y los que se sostienen con el esfuerzo del ingenio. Los «Correntillas» eran rudos é ignorantes: los «Condes» eran afables y cultos. Esta diferencia, en su manera de ser, los fué separando poco á poco hasta que se enemistaron. Siendo las dos viviendas que había allí más próximas, eran las menos unidas. ¡Mire V. qué irrónia de parte de los «Correntillas»! Hasta dejaron de contestar á Carmen, cuando pasaba por la puerta de ellos, y decía con cariñoso tono: «Buenas tardes nos dé Dios». El «Correntilla» era tan tonto, que, cuando se retiraba el hombre de rondar, disparaba cerca de la barraca del «Conde» un pistolón que tenía, y que lo cargaba hasta la boca, con objeto de que se cayeran los platos y tazas que la muchacha tenía puestos en la leja entre naranjas y limones.

El Conde despreciaba todo esto, y á lo más, cuando el Correntilla hacía cualquier fechoría de estas, se contentaba con decir: «¡vamos!...



«asnás!...» Y á pesar de todo y de la trompa que les tenían los Correntillas, los moradores de la otra barraca cumplian siempre como buenos vecinos.

Estando así, una noche, noche de invierno, oyeron los Condes voces lastimeras en la otra barraca: «¡Virgen Santísima!—decian—¡mi mujer se muere! ¡No hay quien nos favorezca! Dios mio! Dios mio!» Al oír estas voces, no se detuvieron: él, su mujer y su hija, á través de la oscuridad, tropezando y resbalando por la escarchada senda, llegaron allá. El cuadro que se encontraron era triste: la pobre lavandera se revolcaba en la cama, tendida en el suelo, con un agudo dolor de costado, y los hombres, su marido y su hijo, arrodillados cerca de ella, no sabian más que llorar.—«No hay que apurarse»—entró diciendo el Conde,—«aquí se vá á hacer lo que sea menester.»

Y en efecto, la pobre lavandera había estado todo el dia lavando, con agua como el hielo, al aire libre, y era necesario reanimar aquel entumecido cuerpo. No queremos ser difusos en estos pormenores: los Condes trajeron la ropa de abrigo de su casa; el tablado de una cama, para levantar á la enferma del suelo; le cocieron tazas de flor de malvas; la asistieron, en fin, con todos los remedios posibles, y últimamente, produjeron, con medicinas y con palabras cariñosas, la reaccion que necesitaba aquella infeliz.

E Correntilla hijo, que estaba en un rincón, hecho una ave fria, se quedó como encandilado viendo á Carmen cómo arreglaba la cama de su madre, le apretaba la ropa, le



mullia las cabeceras y le colocaba sobre ellas la cabeza. Ciertamente, la muchacha, entre vergonzosa y agitada, estaba encendida como la grana y más hermosa que una amapola.

Por este y otros hechos, que por no hacer muy extenso este relato no referimos, los Correntillas reconocieron en fin que no solo no tenían motivo alguno de resentimiento con sus vecinos, sino que, por el contrario, debían estarles reconocidos y hasta besar por donde ellos pisaran.

El Correntillas ya no disparaba los trabucazos de antes. Al contrario, pasaba con las músicas de las rondas por la puerta de Carmen, cantaba sus coplas y últimamente echó sus relinchitos abrazado á una morera próxima. En este tiempo es cuando el muchacho protestaba en su interior de renunciar á la profesion paterna. Un dia entró en una casa de un parroquiano á limpiar un palomar, y el dueño le preguntó;—¿Basurero, tú sabes leer y escribir?—Y o no, dijo Correntilla.—Pues entonces—le dijo el otro—siempre serás basurero como tu padre.

Esto le hizo pensar mucho:—Carmen sabe leer y escribir, y yo no sé...—¡Arre, burra!—y empezó á darle picazazos al pobre animal que conducia por delante.

Ultimamente se puso á dar la cartilla con el maestro de escuela de Espinardo, é iba todas las noches á dar su leccion después del trabajo del dia.

Antes de conocer las letras, conoció el pobre que estaba enamorado de su vecina, de Carmen, la hija del Conde; pero con un amor



iliterato, sin retóricas de ninguna especie. Se sintió hombre para querer y basurero para aspirar, y se puso hecho un demonio (¡Dios nos libre!)

En la primera ocasion que tuvo, habló con Carmen; y sin mas rodeos, tembloroso, encendidos sus ojos, fuera de sí, le dijo: «Yo quiero casarme contigo».

Carmen no contestó; se quedó como turbada ante aquella brusca declaracion, y por más que no desconocia su afecto, más aún, por más que no le era indiferente, ni mucho menos, no pudo articular palabra. Sin embargo, al concluir el báile, por que esto pasaba en un desperfollo, cuando Carmen se levantó para irse á su casa con su madre, echó a Correntilla una mirada de esas que todos los hombres comprenden, y en las que todos leen estas palabras: «Te quiero mucho.»

Y aquí empiezan los dos á padecer. El Conde, segun él decía, habia criado á su hija como la propia rosa, y no estaba por qué, así sin más ni más, se la llevara un mostrenco como Correntilla. Le hizo saber á su hija que no queria, y, cuando el novio fué á platicarle del noviaje, lo despidió con cajas destempladas. Esto aumentó el amor de los dos. Las miradas furtivas fueron más ardientes, y las pocas palabras, que podian decirse, eran mas solemnes, más apasionadas.

Correntilla aprendió á leer y tiró el mocho. Por medio de un conocido suyo de la ciudad, consiguió en arrendamiento algunas tahullas, y quiso tener casa y fundar una familia. Entonces, se llegó más formalmente á el Conde, le pidió su hija y, viendo que este seguia en



su negativa, volvióle cabizbajo y meditabundo la espalda.

A los tres días habló con Carmen y le dijo:

—¿Tú me quieres de veras?

—Yo sí; ya lo sabes.

Pues bien, es menester probarlo. Esta noche te vienes conmigo. Quiero sacarte. En cuanto oscurezca, te espero en la Fuente de Galtero.

—¡Paco de mi alma! ¿Qué vamos á hacer? Mi padre me mataría...

—Tu padre, á quien está matando, es á mí.. Me desprecia... No cree que el amor que te tengo te merece... ¡No hay más remedio que «sacarte!»

—No, no; eso nunca... Yo no dejo mi casa...

—Pues me dejarás á mí para siempre.

Cármén lloraba á mares; á Paco (que este era el nombre del Correntilla) no le faltaba mucho para que se le cayesen las lágrimas.

El diálogo concluyó con estas palabras:

—Yo en la fuente te espero, al oscurecer.

—¡Virgen Santísima!—Dijo Cármén.

Al oscurecer, estaba Paco en el sitio indicado. El silencio de la noche, la oscuridad, el lúgubre ladrido de los perros, infundían temor. El pobrecillo estaba allí como asustado de sí mismo, escondido en una regadera. Lo que menos creía él, era que pudiese venir Cármén; casi, casi lo temía. No quitaba los ojos de la senda. Algunas veces las sombras tomaban cuerpo y revestían la figura de la que él esperaba, y entonces le daba el corazón unos golpes que le atronaban. Al poco, vió, real y efectivamente, llegar á Cármén, la cual lloraba y temblaba como la hoja en el árbol. Paco



se rehizo y salió á su encuentro: — ¡Dios mio! decía Cármen — Paco de mi vida... Aquí estoy... y mi padre ¿qué hará?..

— No tengas miedo; antes dejaría yo que me hicieran pedazos, que te ofendieran á tí al pelo de tu ropa. Vámonos. .

— ¿Pero á dónde?

— Yo no lo sé... donde Dios quiera...

Y echaron á andar. Anduvieron largo rato por aquellas intrincadas sendas, sin dirección fija. Paco como loco, sin pensar siquiera en que era dueño de la mujer que amaba. Carmen no hacía más que suspirar, sembrando por aquellas sendas las lágrimas ardientes de sus hermosos ojos.

— ¡Paco de mi vida! ¿Qué se dirá de mí?

Paco contestó bruscamente.

— ¿Qué se ha de decir? Nada... pasado mañana somos marido y mujer.

Aun siguieron andando un poco tiempo, y al pasar por delante de una casa de regular apariencia, dijo el Correntilla:

— Ahora verás...

Se aproximó á la puerta y empezó á llamar dando fuertes golpes con el palo que llevaba en la mano. A los dos ó tres golpes, una voz bronca contestó desde dentro: — ¿Quién llama á estas horas? — y Paco, con toda la fuerza de sus pulmones, respondió desde fuera: «¡Favor á Isabel Segunda!»

Este grito es tradicional en la huerta, á pesar de todas las revoluciones, y con él se indica que el que lo dá se halla en un gran apuro.

La puerta se abrió, y apareció, con un candil en la mano, un hombre que no llevaba



más ropa que un camison y unos zaragüelles.

—Sr. Alcalde ¡favor á Isabel Segunda!—  
gritó por segunda vez Correntilla.

—¿Pero qué es, hombre?—dijo el pedáneo.

—Na... na... que he sacao á mi novia y vengo á depositarla en su casa de V.

El Alcalde, enterado como estaba de las cosas del partido, comprendió al momento la situacion, y dijo:

—¡Cármén! ¡mujer! ¡Válgame Dios!.. Pasa, hija, pasa que mañana veremos lo que es esto...

La mujer del Alcalde tambien se habia levantado, y al oir las últimas palabras de su marido, salió á la puerta, en el momento de recibir en sus brazos á la pobre Cármén, que cayó en ellos casi desmayada.

Entre el Alcalde y su mujer entraron á Cármén en la alcaidia. digámoslo así, y le prodigaron todo género de consuelos, haciéndola acostar y procurando tranquilizarla.

Correntilla se quedó como petrificado, viendo impasiblemente como el Alcalde cerraba la puerta y se lo dejaba en la calle. Después se internó en un panizo, que habia enfrente, y sentado al pié de una morera estuvo toda la noche mirando la casa.

A otro dia, el Alcalde, muy de mañana, se personó en la barraca del Conde, que estaba .. para pedirle un favor.

—Conde, le dijo el pedáneo, tu hija, está en mi casa.

Contestacion del Conde:

—Yo no tengo hija ninguna; una que tenia se murió.



—No «sa» muerto, nó.

—Que «sa» muerto, te digo... y fuera de más conversacion.

—Si la vieras... no hace más que decir: «¡Padre de mi alma! ¡Madre de mi alma! yo no sé lo que he hecho». — ¿Y sabes lo que te digo? que el verla llorar le parte el corazón á cualquiera.. Conde, hay que «hacer mundo»... y últimamente, si tú no la quieres por hija, yo la recojo, por mí mismo y como autoridad.

El Conde empezó á hacer pucheros, y el Alcalde, aprovechando aquella debilidad de padre, le dijo: «— Vas á venir á verla y le vás á dar un abrazo.»

—¡Vamos, sí vamos!... dijo el Conde.

En efecto, volaron á casa del Alcalde.

Cuando Cármen vió á su padre, no le temió; sabia lo bueno que era y cuánto la quería, y arrojándose con entera confianza á sus brazos, regó con sus puras lágrimas el rostro del pobre viejo. Solo le dijo muy bajo:—«Padre, yo soy pura é inocente, como cuando salí de la casa.» Su padre entonces la besó en la frente.

La alcaldesa separó al padre y á la hija; y al volverse el Conde, para ir al tinajero á beber un poco de agua, se encontró al Correntilla que estaba en él, arrodillado, con la cabeza baja y más humilde que la tierra.

—Tio Antonio, yo tengo la culpa de todo: V. es el cuchillo y yo soy la carne; corte usted por donde quiera.

El primer impulso del Conde fué lanzarse sobre el Correntilla y estrangularlo; pero reflexionó un momento, se pasó muy despacio la mano por la frente, miró á su hija que



estaba lívida, esperando el fin de aquella escena, y últimamente le dijo á su futuro yerno:

—Bésame la mano.

Correntilla se abalanzó á ella y besándola y rebesándola decia:

—Yo lo querré á V. más que á mi padre, mucho más.

Carmen, con todas estas cosas, creia que soñaba y veía el cielo abierto.

**José Martinez Tornel.**



---

## CANTARES POPULARES MURCIANOS

---

Mucho han gustado á la colonia murciana residente en Madrid, los cantares que coleccionados ha dado la Biblioteca de «El Diario de Murcia» y creo que lo mismo que á nosotros debe haber ocurrido á cuantos murcianos se hallan ausentes de su país, y más si la ausencia es larga, como me sucede á mí, porque en este caso, se saborean más y parece como que se halla uno en el pueblo en que ha nacido, recordando esos cantares.

Cuando en un café de cante flamenco he oído cantar las malagueñas con el nombre de *cartageneras*, he gozado lo indecible.

Pero cuando mi gozo no ha tenido límite, ha sido cuando he oído cantar *la madrugá*, que es el cante clásico, característico de Murcia.

Pocos son los que, fuera de Murcia, saben cantarla; porque, ni le dán la cadencia y armonía que requiere, ni las variaciones que son necesarias.

Bien cantada una *madrugá*, en los años que llevo en Madrid, solo se la he oído á dos individuos y los dos son de Murcia.



El uno es un gitano que se llama Pedro Gimenez, que es del barrio de San Juan.

El otro es un tabernero establecido en la calle de la Montera, natural también de Murcia, que se llama Víctor Fernandez y nació en el barrio de San Benito.

Aparte de estos dos, no he oído á nadie cantarla bien. La imitan muchos, pero ninguno, como no sea de Murcia, le dá la cadencia necesaria.

De eso hablábamos esta tarde precisamente, varios murcianos, acordándonos de muchos de los cantares que contiene el librito regalado por V., amigo Tornel, á los suscriptores de «El Diario».

Y como todos éramos de ese país, fuimos recordando cantares de los que se le han escapado al *coleccionador*, cosa que no es extraño, porque hay muchos que de puro antiguos están ya relegados al olvido.

Sin embargo, recorriendo la memoria, unos y otros, hemos podido recordar los siguientes cantares, que cada uno en su sentido, se refiere á algo de esa tierra bendita, ó cita persona ó cosa conocida en ese país.

Basta de exordio y ahí van los cantares, que siendo murcianos nativos, no constan en el libro que hemos recibido:

Es mi marido minero  
que trabaja en una mina  
y á mí me entrega el dinero  
porque soy canela fina.

Yo me morí, reviví  
y gorbí á resucitar,



y á mi cabecera «vide»  
quien me quiso bien ó mal.

A las tres de la mañana  
de la mañana seria,  
en tu jarra bebí agua  
porque *teniba* sequía.

Por tu calle voy entrando  
prenda del alma *quería*,  
yá sabes á lo que vengo  
*dispierta* si estás dormía.

Aunque tu *maere* no quiera  
te lo tengo de decir,  
le paece al tio que vende  
tinta fina de *escrebir*.

Agua menudita llueve  
pronto caerán las canales,  
ábreme la puerta, nena,  
que soy aquel que tú sabes.

Ya no puedo cantar claro  
que tengo el corazón triste,  
me pasa lo que al canario  
cuando le falta el alpiste.

A las dos de la mañana  
tengo lo que usté no tiene,  
un *reló* que dá la hora  
y un *moliniquio* que muele.

Herrerias, Herrerias,  
Herrerias de Cartagena,  
el que no ha sido minero



no sabe lo que son penas.

A las dos de la mañana  
serian cuando llegó  
mi corazón á tu cama  
y te dijo en alta voz  
*dispierta rosa trempana.*

Ya no cantará Chilares  
en los bañitos de Archena.  
porque le dieron un tiro,  
entre Murcia y Cartagena.

Me llamo Pedro (el Morato),  
hijo natural de Vera  
y estoy loquito *perdio*  
por una cartagenera.

En la calle de Canales  
cantaba Paco el Herrero,  
le acompañaba Chilares  
y el Moratillo el pequeño;  
la rubia de los lunares.

Hágame usted unos zapatos  
de Alicante, alicantinos.  
si son de Murcia, murcianos  
y si de Lorca, lorquinos.

Si te quieres *devertil*,  
asómate á la muralla,  
verás el ferrocarril  
que *sereniquio* que anda  
cuando sale *pa Madrid*.

Hay salericos de á cuarto



y salericos de á real  
y saleros de á peseta;  
esos sí que tienen sal.

Cuando el Morato se pone  
con la guitarra en la mano,  
venga tela, venga tela,  
venga tela de verano.

En Cartagena se quema  
el barrio de los Palmares  
y van las cartageneras  
con agua para apagarle.

Eres la palma gallarda  
la *maere* de los *parmitos*  
y en los rincones del alma  
me dás con los *cobollicos*.

Al salir del arrabal  
le eché á mi *gargo* una liebre,  
déjalas que *güenas* van,  
el que la sigue la entiende  
y á la casa *golverán*.

No te tires, no te tires,  
que romperás el farol,  
y te mancharás de aceite  
y no tendrás *pa* jabón.

*Pequeñiquia* y llevas luto,  
dime quien te se murió,  
si te se ha muerto tu amante  
no llores que aquí estoy yo.

No me tires que soy de Elche



y tengo el corazon sano,  
tengo unas *oliveriquias*  
allá arriba en el secano.

Como quieres comparar  
un charco con una fuente;  
sale el sol, se seca el charco  
y la fuente *premanece*.

A servir al rey me voy  
porque la suerte me *allega*,  
si *güervo* y estás *casá*,  
leña que paliza llevas.

En esta esquina me paro  
y aqui planto mi bandera,  
y el quiera llevar palos  
ya está saliendo *pa afuera*.

Cuando vengas á verme,  
ven por lo *escuro*,  
por si mi *maere* dice,  
ya está ahí el burro.

Andar andiche,  
con un *peaciquio* é caña  
se hace un caliche.

Una pulga saltando  
rompió un lebrillo,  
una chocolatera  
y un molinillo.

La despedia te doy  
por debajo de la parra,



quédate con Dios morena  
que me llevo la guitarra.

En nombre de los murcianos,  
**Eduardo Bermúdez.**

Madrid 10 de Diciembre de 1892.

Remitidos por D. Antonio Carrasco.

---

Una recién casada,  
puso una olla,  
con un cántaro de agua  
y una cebolla.

Por allí viene mi barco,  
que lo conozco en la vela,  
y en el palo mayor trae  
memorias de mi morena.

Si tuvieras olivares  
como tienes *fantesía*,  
el rio de Manzanares  
por tu puerta pasaría.

Yo me enamoré de noche  
y la luna me engañó;  
la luna no engaña á *naide*,  
que el engañado fui yo.

Yo me enamoré del aire,  
del aire de una mujer;  
como la mujer es aire,  
en el aire me quedé.



Mi novia ya no me quiere  
porque bebo mucho vino;  
vaya á la porra mi novia  
y écheme usté otro cuartillo.

Te quiero más que á mi vida,  
más que á mi padre y mi madre,  
y, si pecado no fuera,  
más que á la Virgen del Carmen.

En mi vida he visto yo  
lo que he visto esta mañana:  
un pajarito en la torre  
repicando las campanas.

A la vírgen del Carmen  
quiero y adoro,  
porque saca las almas  
del Purgatorio.

Un pajarito de oro  
puesto en la orilla del tren,  
mira si está remonono,  
mas remonona es usté.

A la una entré en tu calle  
y ya van á dar las dos,  
dile al sereno que calle  
que vamos á hablar los dos  
cositas que nadie sabe.

¿Cómo quieres que una luz  
alumbre dos aposentos?  
¡Cómo quieres que yo quiera  
dos corazones á un tiempo!



Una mujer seca, seca,  
seca, seca se casó  
y como estaba tan seca,  
seca, seca se quedó.

Madre, madre, que me matan  
y no me puedo valer;  
son dos negros asesinos  
los ojos de esa mujer.

Ole con ole con ole,  
ole qué quieres qué tenga:  
¡que te has ido y me has dejado  
y yo me muero de pena!

Válgame Dios de los cielos  
qué grande es la pena mía,  
que me he caído en un pozo  
y no encuentro la salida.

Los ojitos de mi cara  
tienen los cristales muertos;  
se han metido en el querer,  
no saben lo que se han hecho.

Ande usted por los caireles  
que á todo el mundo iluminan  
que en diciendo «moros vienen»  
hasta el alma me se anima.

Aquel lucerito, madre,  
que vá al lado de la luna  
es el que á mí me acompaña  
la noche que voy de tuna.

En esta calle á lo largo



tengo de formar un puente  
con las costillas de un guapo  
y la sangre de un valiente.

Cuando un *panocho* en la huerta  
quiere á una moza rondar,  
se abalanza á una morera  
y *emprencipia* á *relinchar*.

Cuatro cosas tiene Murcia  
que no las hay en España:  
el Malecon, la Glorieta,  
el casino y las muchachas.

Eres serafin sin fin,  
serafin, que fin no tienes,  
serafin, que te entretienes  
en darle fin á otro fin.

Salero, por tu salero,  
á la mar me tiraria,  
pero por otro salero,  
en mi casa me estaria.

A Santiago y Santa Ana  
pintan las uvas,  
y á la Virgen de Agosto  
ya están maduras.

¡Cómo quiéres que te quiera,  
si tú no me puedes dar  
alivio para mis penas,  
consuelo para mi mal!

Si me estuviera muriendo  
y sintiera una guitarra,



me levantara corriendo  
y una malagueña echara.

Canta tú y cantaré yo,  
cantaremos á porfía;  
tú le cantas á tu novia,  
yo le cantaré á la mía.

De tu ventana á la mía  
me tirastes un limon,  
el limon me dió en el pecho  
y el ágrío en el corazón.

Como valiente guerrero,  
á la montaña subí  
amolando mis aceros  
y siempre pensando en tí,  
hermosísimo lucero.

Por decir «alza pilile»  
me metieron en la carcel;  
alza pilile y no temas,  
no faltará quien te saque.

A curro no hay quien me gane  
ni á ponerme la montera,  
pero en llegando al trabajo  
tengo muy mala maera.

**Remitidos por D. Mariano Pina.**

Cartagena con su muelle,  
Murcia con sus morerales,  
Orihuela con sus huertos



y Elche con sus palmerales.

En el cielo de tu cama  
no dejarás de tener,  
alguna clavellinita  
siendo tú hermoso clavel.

La canela está en la Habana,  
la pimienta está en Madrid,  
y la dama que yo adoro  
la tengo al lado de mí.

¡Villanueva y Ulea  
Ojós y Blanca,  
qué cuatro lugariquios  
para una trampa!

¡Adios calle de Victorio,  
Placeta de la Merced,  
Plaza de Santo Domingo,  
cuándo te volveré á ver!

La Fábrica de la Seda,  
el día que se quemó,  
estaba el Obispo Barrio  
echando la bendición.

A Cartagena me llevan  
no me llevan por ladron;  
me llevan porque he robado  
á una niña el corazon.

Eres hermosa en extremo  
pero tienes una falta,  
que en el campo hay varias flores



y tú también eres vária.

Pégame una puñalá  
donde remedio no tenga,  
y sal á la calle y dí  
yo maté á mi dulce prenda.

Si tu madre no me quiere  
no lo puedo remediar,  
me pondré á partir cebolla  
y el zumo me hará llorar.

Dicen que no me quieres  
porque no tengo,  
la cintura delgada  
y el pié pequeño.

Me han dicho que tu madre  
no me quiere á mí,  
yo tampoco la quiero,  
que te quiero á tí.

### Recibidos anónimos.

No sé yo por qué cosita  
me murmuran en el Barrio,  
tengo yo una posticita  
que al son que me tocan bailo.

Encima de tu rodete  
se para y canta un canario  
y se baja por tu frente  
á beber agua en tus labios,  
estrellita reluciente.



Yo no sé cavar ni arar  
ni tampoco segar trigo,  
buen mindanguico se lleva  
la que se case conmigo.

Son tus lábios dos cortinas  
bordadas en carmesí,  
entre cortina y cortina  
estoy aguardando un sí  
de tu boca peregrina.

Cuando paso por tu puerta  
compro pan y voy comiendo,  
porque no diga tu madre  
que de verte me mantengo.

¡Si el río de Segura  
fuera de vino  
y la torre de Murcia  
fuera el cuartillo!

De Cartagena á Herrerías  
han formado una pared,  
sobre la pared la vía  
y sobre la vía el tren,  
sobre el tren la nena mía.

A la una nació yo,  
á las dos me bautizaron,  
á las tres tenía novia  
y á las cuatro me casaron.

Es mi novia la más curra  
que se pasea en el Barrio,  
su madre tiene la culpa,  
yo con ella no me hablo.



En la calle de la Aurora  
dicen que no vive nadie,  
vive la luna y el sol  
y el lucero cuando sale.

El farol de mi placeta  
se está muriendo de risa  
de ver las alpargateras  
talle alto y sin camisa.

Una cartagenera  
me dió un *pitiquio*,  
yo le dí una navaja  
de *golpeciquio*.

A esta cartagenera;  
quisiera yo ver,  
que le dí la navaja  
con el cascabel.

Desde aquí veo, madre,  
en donde habita;  
aunque no veo al santo  
veo la ermita.

El tocar la guitarra  
no quiere *cencia*  
que quiere *juerza* en brazo  
y *habilitrencia*.

Tres fiestas en el año  
*causan* prestigio,  
Navidad, Corpus Christi  
y el *Asensicio*.

Comienzo la primera



en nombre de Dios,  
perderé la vergüenza  
y alzaré la voz.

Tienes pecas en la cara  
como huevos de perdiz,  
en cada peca una rosa,  
en medio una flor de lis.

San Miguel en el cielo  
pesa las almas;  
el que la mia pesa  
Miguel se llama.

Dentro de mi pecho habita  
una penita mortal,  
porque quiero á una rubita  
y no me la quieren dar,  
¡vaya una puñaladita!

Si me quieres te advierto  
que sola he de ser,  
como reina en colmena  
que otra no ha de haber.

Me dicen que soy fea  
yo no me enojo,  
que las feas se llevan  
los buenos mozos.

Salomón siendo sábio  
un templo formó,  
y Sansón siendo fuerte  
se lo derribó.

A mi trigo le á *dao* roya,



á mi panizo *busano*.  
á mi novia calenturas,  
ya no me caso yo *ogaño*.

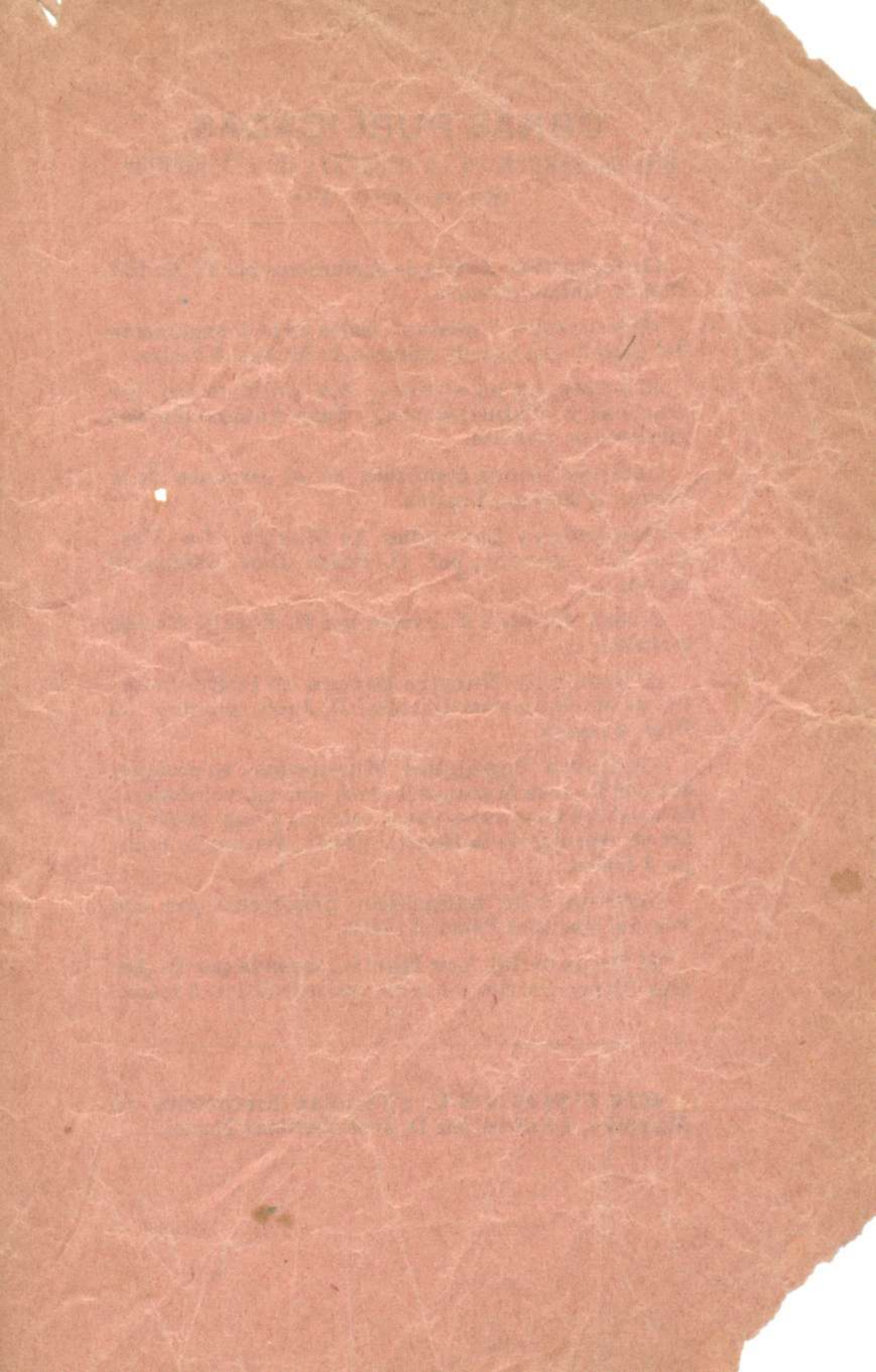
Ayer tarde me dijeron  
que V. ya no me quería,  
y se me quedó la cara  
del color que la tenía.

Por un Pedro doy un cuarto,  
por un Antonio un doblon,  
y por uno de mi gusto  
alma, vida y corazon.

Un colegial Fulgencio  
me dijo un día  
que con su beca verde  
me taparía;  
pues es sabido  
que el colegial fulgencio  
es muy cumplido.









## OBRAS PUBLICADAS

QUE SE VENDEN EN LA IMPRENTA DE «EL DIARIO»  
Sociedad, 10.

---

«Infortunio», novela de costumbres por D. Andrés Blanco García, 4 reales.

«Discursos y Poesías» leídos en la inauguración del Círculo Católico de Obreros de Murcia, 3 reales.

«Ca presona pa su ese», «La política en los Garres» y «Fábulas» por D. Juan Antonio Soriano Hernández, 3 reales.

Composiciones premiadas en el certamen de la prensa de Murcia, 3 reales.

«Historias y Leyendas de Murcia, La Virgen del ármen», por D. Pedro Díaz Cassou, 3 reales.

«Cosas del otro Jueves», por D. Rodolfo Carles, 3 reales.

«Historia de Nuestra Señora de la Fuensanta» de Murcia, por el Doctoral D. Juan Antonio La Riva, 3 reales.

«Cantares Populares Murcianos» coleccionados por D. José Martínez Tornel, con un vocabulario de palabras huertanas, por el mismo, y una carta sobre el lenguaje de la Huerta, por D. Fernando Araujo, 3 reales.

«Artículos de educación práctica», por don Pascual Martínez Palao, 4 reales.

«El Triunfo del Ave María», leyenda por D. Andrés Blanco García, con otros varios trabajos, 3 reales.

---

**EN PRENSA:** «Noticias históricas de Murcia», 1.<sup>a</sup> serie, por D. José Martínez Tornel.